

NOVELA



La Adolescente
Enterrada

RUBÉN FELDMAN GONZÁLEZ



HOLOKINESIS
• LIBROS •

Rubén Feldman-González

La Adolescente Enterrada

Copyright © by Rubén Feldman-González



2014

INDICE

Buscando construcciones.....	24
Capítulo final.....	59
Don Pepe.....	4
Dr. Votaro, médico forense.....	11
José Mazzo.....	45
La rutina rota.....	30
Luis, Antonio y Mariano.....	50
Marisa.....	42
Marisa y el Dr. Votaro.....	54
Penúltimo capítulo.....	56
Rudeciendo.....	34
Ruperto.....	38
Santa Sofía.....	18

1

Don Pepe

Cerca de Capitán Bermúdez, en la provincia argentina de Santa Fe, está el poblado de Santa Sofía.

Los mapas hacen silencio, ya que Santa Sofía tiene sólo mil habitantes, más o menos.

Por otra parte, es una población que fundaron unos rusos ortodoxos, expertos en la siembra del trigo, traídos por el presidente Irigoyen.

Lo único santo de Santa Sofía es su nombre. La cercana ciudad de Capitán Bermúdez tuvo que declarar quiebra, por la escasa actividad económica de esa zona.

Sus habitantes hacían sus compras en Rosario, más al sur. Para muchos esa era la única salida de entretenimiento.

Pero **Pepe Benalmádena** se hizo millonario en Santa Sofía con el comercio más viejo del mundo. Había llegado a Santa Sofía con la corriente inmigratoria europea de la Segunda Guerra mundial. Vivía en una mansión inmensa, que a su vez funcionaba como prostíbulo.

No había competencia en esa zona, excepto en Rosario, a más de 70 kilómetros hacia el sur.

Don Pepe fue el rey en Santa Sofía durante aquellos años de la presidencia del General Perón.

Murió en 1968.

Se contaban toda clase de historias y leyendas sobre Don Pepe.

Se decía que en su mansión vivían unas veinte adolescentes provenientes de todo el mundo, y que podía ser muy cruel con ellas cuando no le obedecían.

Todos los 25 de mayo y los 9 de julio, Don Pepe hacía grandes fiestas en su gigantesca mansión.

Se dice que torturaba a las muchachas, y que durante las fiestas humillaba a las más rebeldes, haciéndolas

gatear públicamente con una vela encendida en la boca, o en algún lugar menos dignificado del cuerpo.

Algunas se fugaron exitosamente de su mansión y dieron profusa información sobre el cotidiano sadismo de Don Pepe.

A sus favoritas las tatuaba a hierro caliente con la palabra 'Pepe' sobre la nalga o sobre el seno. Este era el tatuaje de honor.

Diariamente usaba el látigo con la favorita del día, la que con él dormía, y no faltaban razones para las nalgadas de castigo, para colgar atada de anillos de metal en las paredes y para la repetición de frases tal cual las pedía, de manera sádica y dominante, el dueño de casa.

Una noche con Don Pepe, podía quedar delatada con tatuajes en los tobillos o las muñecas, que algunas ocultaban pero que otras mostraban con cierto orgullo, el orgullo de haber sido favorita por una noche.

El tatuaje declaraba: 'Esclava de Don Pepe'. Este era el tatuaje de castigo.

Nunca hubo un cartel para anunciar aquel negocio, que era conocido por patronos y obreros del campo, con el código de 'El Andalú'.

Todavía en 1984, había prostitutas en Santa Sofía que juraban haber visto el fantasma de Don Pepe, caminando solitario por las calles del poblado, en las noches neblinosas de lluvia.

En marzo de 1984 todavía se sentía el calor en Santa Sofía.

La llamada llegó a la comisaría cerca del mediodía.

Atendió el agente **Rudecindo Gómez**.

-¡Hable!

-Bajo la barranca, junto al río Paraná, mi perro encontró un cadáver apenas enterrado en el barro. Está a unos veinte metros al norte del cartel de Coca-Cola.

-Describe el cadáver -dijo el agente Gómez-.

Pero el individuo ya había cortado, para no verse comprometido en un drama policial.

Gómez llegó al lugar con su colega, el agente **Ruperto Martínez**.

Ruperto dijo que quizá fuera el cráneo de alguna vaca, o de algún perro viejo y vagabundo. Ruperto llevaba una cámara Kodak, con la que sacó varias fotografías del lugar.

Rudecindo clavó una estaca para ubicar el lugar.

Ambos se agacharon para observar el cráneo que emergía del barro a unos diez metros del río mismo.

Sin duda las lechuzas y los caranchos, los perros y gatos del lugar, o por lo menos las hormigas rojas, ya habían encontrado el cadáver y habían hecho uso del mismo.

Después de clavar la estaca, Rudecindo desprendió la palita que colgaba de su cinturón y procedió a cavar delicada y prolijamente, el barro que rodeaba al cadáver.

Ya no quedaban tejidos blandos en el cuerpo.

Las fosas orbitales estaban vacías. Junto a la palita de Rudecindo aparecieron las vértebras del cuello. La quijada tenía todos los dientes. Y eran los dientes sanos de una persona muy joven.

Esa parte del cuerpo había sido seccionada de las vertebras del tórax.

Algunas heces de ratas delataban al mamífero que había realizado ese esforzado trabajo, para alimentarse.

Un zapato femenino de color rojo atenuado por la intemperie, de tacón muy alto, estaba allí cerca, sobre una mata de cabello todavía negro.

Ambos agentes usaron sus palitas hasta que quedó al descubierto casi todo el esqueleto.

Guardaron en la bolsa de plástico de las evidencias, un short azul muy corto y casi descolorido, y una camiseta de algodón, raída por la humedad y el tiempo, sobre la que se leía aún (aunque apenas) las palabras 'nacida para comprar'.

La ropa interior también fue a parar a la bolsa de las evidencias.

Como una burla de la muerte, las uñas de las manos y de los pies, conservaban todavía intacta la pintura de color rojo intenso que las cubría.

No había una bolsa con documentos ni una billetera que permitiera identificar al cuerpo.

2

Dr. Votaro, médico forense

Rudecindo y Ruperto eran los únicos agentes de Santa Sofía. Nunca pudo llenarse la vacante de jefe de policía de ese poblado.

Los agentes, junto con el jefe de policía de Rosario que los supervisaba de manera vicaria, estaban presentes en el resumen forense que hizo el **Dr. Agustín Votaro, Profesor de Medicina Legal de la Facultad de Medicina de Rosario.**

El Dr. Votaro leyó para todos su informe, en voz alta:

-La copa derecha del brassiere muestra una perforación lineal de unos tres centímetros de largo, que parece haber sido hecha con la hoja de un cuchillo o de una navaja.

Cabe asumir que la hoja de este arma blanca (no hallada todavía), penetró la piel hasta los pulmones, pero no queda tejido blando para confirmar esto.

Cabe asumir también, que hubo un apuñalamiento feroz y que esta joven de unos 16 a 21 años de edad fue, en realidad, asesinada.

La edad surge de un análisis del fémur.

No se han hallado los huesos pequeños de la mano. Hay también un corte horizontal en la parte baja de la camiseta, realizado con la misma arma blanca.

Faltan algunos huesos, pero asumimos que no hubo balazos por arma de fuego.

La altura de la joven era de un metro con sesenta centímetros.

Los cabellos negros tendrían unos treinta centímetros de longitud.

La joven tiene que haber fallecido unos tres meses atrás, antes de Navidad.

Este informe del Dr. Votaro se difundió por las comisarías de toda la provincia.

Hubo unas ciento cuarenta llamadas de padres y familiares de otras tantas jóvenes desaparecidas en los últimos tres meses.

Rudecindo atendió la llamada de una mujer, desde Resistencia, Chaco:

-Me dieron su teléfono cuando llamé al Jefe de Policía de Rosario, porque Ud. fue el policía que descubrió el cadáver.

*Soy la madre de **Josefina de San Martín Villegas**, nacida en Corrientes el 10 de enero de 1965.*

Nos mudamos a Resistencia en 1982, porque Josefina se enamoró de un hombre casado y la esposa de éste le hizo varias amenazas de muerte.

Aquí en Resistencia se hizo de un novio, que se llama Abelardo, que tenía, como ella, unos 19 años de edad.

Abelardo vende anfetamina y cocaína, se viste muy bien, y maneja un Peugeot 82.

Muchas muchachas están persiguiendo a Abelardo. Josefina se desesperaba de celos.

Nos dijo que se iba a Rosario a pasar la navidad con sus abuelos paternos.

Se fue el 18 de diciembre del 83.

Y ahora nos enteramos de lo que pasó.

-Tienen que venir Ud. y Abelardo, -dijo Rudecindo-.

-No tenemos tanta plata. Parece que Abelardo tiene mucha plata pero yo no sé nada más de Abelardo.

La señora cortó la llamada.

Ruperto le informó a Rudecindo que debía viajar a Resistencia.

Ruperto había sido empleado de la provincia por unos cinco meses más que Rudecindo, y esto le daba cierta ascendencia.

No podían ignorar el hecho que ellos dos habían sido los que hallaron el cadáver.

Investigaron el domicilio de la madre de Josefina.

Allí se presentó Rudecindo vestido de civil, mostrando su documento de agente policial de Santa Sofía, provincia de Santa Fe.

El viaje a la ciudad de Resistencia fue de unas doce horas en ómnibus.

Ruperto llevó a Rudecindo hasta Rosario en el auto policial.

Allí tomó el ómnibus hasta Resistencia.

La madre fue sorprendida mientras limpiaba la casa. Hizo un mate cocido para Rudecindo, servido en un gran **bol** de aluminio y le contó:

-Mi hija Josefina fue siempre muy inquieta. El Peditra dijo que sufría de déficit de atención, y que por eso no aprendía a leer, ni a escribir, ni a contar. Lloraba mucho en la casa y en la escuela aterrizaba a todos los niños, varones y mujeres.

A los trece años comenzó a trabajar empacando naranjas y a los catorce quedó embarazada del capataz.

Se puso muy atractiva con la menstruación y los senos firmes.

A los quince le descubrimos un cuaderno con un montón de números de teléfono.

Investigamos con la policía. Eran todos clientes de ella, que les cobraba para tener sexo.

Cuando Rudecindo le puso nombre a esa profesión, la madre le pidió respeto por la fallecida.

-A pesar de haber sido descubierta, continuó ejerciendo esa profesión hasta que una esposa la amenazó de muerte, en Corrientes.

Nos vinimos a Resistencia, para no tener tantos problemas. Ella continuaba ejerciendo en Resistencia. Era lógico que conociera a Abelardo.

Rudecindo, muy cansado por el viaje y por las pocas horas de sueño, preguntó por qué no denunciaron la ausencia de Josefina.

-Josefina se mandaba sola desde que tuvo catorce años, o quizá antes -dijo la madre-.

Rudecindo fue a ver a Abelardo.

No llamó a la puerta de su casa hasta que vio el automóvil Peugeot del año.

Rudecindo explicó quién era, y que el motivo de su visita era tomar información sobre Josefina.

-Sí, esas eran las ropas que Josefina usaba la mayor parte del tiempo –dijo Abelardo–.

Siempre usaba sus shorts muy cortos y metidos entre las nalgas.

Se pasaba aceite de bebé en las piernas, para que le brillaran, lo cual las hacían irresistibles, con esos zapatos de tacos altísimos, de color rojo.

Usaba perfume caro de mujer.

Era muy bella y usaba su belleza para hacer dinero. Conmigo conoció las drogas y esa era la razón para que me viera diariamente.

Casi diariamente teníamos sexo. Tenía los ojos y el cabello muy negros. Llamaba inmediatamente la atención por donde iba.

Rudecindo escuchó en silencio como siempre hacía. Tomando notas preguntó:

-¿Por qué Josefina se fue a Rosario?

-Es que conoció a un muchacho de Rosario que tocaba muy bien la guitarra y cantaba en las peñas locales, o en los bares u hoteles.

*Con él se fue a Rosario. Él se llamaba **Carlos Gutiérrez.***

3

Santa Sofía

Ya de regreso en la oficina pequeña y desnuda de su trailer policial, Rudecindo preparó su informe, que Ruperto tuvo que corregir:

-Atractiva no se escribe con hache, che, Rudecindo. Zapatos no se escribe con ese. Cocaína se escribe todo junto y no como Coca Cola, pedazo de burro. Escribiste Coca Ina.

Haber terminado su sexto grado le daba a Ruperto enorme poder sobre Rudecindo.

-No hay necesidad de decir cuál fue la línea de colectivo que tomaste en Resistencia. Tampoco hay que decir que comiste milanesas muy saladas en la parada del colectivo. No sé para qué escribiste todo esto. Leé esto, pedazo de alcornoque.

Rudecindo leyó en voz alta parte de su informe:

-En la noche pampeana me puse a pensar en mi vida. Miraba por la ventanilla del colectivo ese

inmenso campo vacío de Santa Fe y pensé que yo era como ese campo, completamente sin uso, propiedad de los que mandan y de los que tienen.

Hace menos de un año que soy policía, pero no sé si voy a durar.

Me aburro sin hacer nada entre las cuatro paredes húmedas del trailer de la comisaría.

Cuando llueve, las matronas nos traen tortas fritas y buñuelos, y ya gané varios kilos de tanto comer azúcar y grasa.

Creo que uno de estos días voy a renunciar y volver a trabajar en el campo, domando potros, alambrando terrenos y arreando vacas.

Ruperto se llenaba de envidia cuando Rudecindo recordaba sus hazañas de baqueano campesino. Pero fue el bajo salario de ser obrero de campo lo que había llevado a Rudecindo a emplearse como agente policial.

Había finalizado su segundo grado de primaria ‘a los ponchazos’, como dijo su madre. Hubo que trabajar para ayudar a la madre sola a criar sus cuatro hijos varones, tres más jóvenes que Rudecindo, quien tenía sólo ocho años cuando su padre dejó el hogar durante una borrachera.

Rudecindo tenía 35 años mal llevados. Parecía ser un hombre de cincuenta.

Ruperto tenía 24 años. Había probado suerte en el ejército, pero se le hacía difícil aceptar las órdenes de sus superiores, que según él, eran todos allí.

-Todo ese párrafo no sirve para nada y hay que sacarlo -dijo Ruperto-.

Rudecindo tuvo que escribir todo de nuevo. Por suerte se puso a llover y las matronas trajeron buñuelos.

Esa noche Rudecindo no pudo cenar lo que su esposa le ofreció.

Entre la opresión de su empleo y los buñuelos consumidos, no le quedaba espacio para comer más.

-¿Qué te parece si dejo este trabajo y volvemos al campo? Le dijo Rudecindo a su esposa, que parecía estar cada día más obesa.

Ella contestó: *“Mirame bien, Rudecindo. Estoy hecha una pelota comiendo solamente pan con grasa y mate cocido. Si ganás menos que esto, nos vamos a morir de hambre.”*

Rudecindo sonrió con esfuerzo y le dijo a su mujer:

*-Gordita mía, antes que vivir así, es **preferible** morir de hambre.*

Ruperto fue a esperar a su novia a la parada del colectivo que la traía desde Rosario, donde ella trabajaba en un frigorífico, a unas dos horas de Santa Sofía.

Ella tomaba el colectivo a las 5:30 horas cada mañana hacia Rosario y descendía en la misma parada de regreso de Rosario, cerca de las 20 horas.

Se besaron y ella preguntó, venciendo el sueño, el tedio y el cansancio:

-¿Qué se sabe de la adolescente enterrada?

Ruperto puso cara seria y dándose importancia dijo:

-Todavía no podemos informar nada al público.

Ruperto llegó a la casa de sus padres, con quienes vivía.

Su padre le dijo, leyendo el diario La Capital de Rosario, que se habían encontrado dos cuerpos de jóvenes muchachas. Una de ellas era de una acaudalada familia de Fisherton, al Oeste de Rosario.

En ambos casos había una puñalada sobre el seno derecho y otra horizontal sobre el vientre.

Al día siguiente, ambos agentes se presentaron en la jefatura policial de Rosario. Habían interrogado al cantante Carlos Gutiérrez.

Ruperto leyó el informe en voz alta:

-Carlos Gutiérrez vio la foto de Josefina de San Martín Villegas y la reconoció inmediatamente. Cuando se le dijo que estaba bajo sospecha de asesinato de esa misma joven, dijo lo siguiente, grabado en esta misma oficina:

*“La conocí en casa de **Abelardo Morán**, un vendedor de drogas de Resistencia, Chaco. Cuando él vio que yo la miraba con mucho interés, me dijo que me la prestaba por mil pesos. Pronto estuve de acuerdo, y yo iba diariamente a proveerme de anfetamina y para estar con ella. Ella se entregaba sonriendo, acostumbrada a ser utilizada por los hombres.*

Me dijo que estaba cansada de esa vida y le ofrecí venirse conmigo a Rosario. Aceptó inmediatamente.

Una semana después, nos encontramos en un mercado y tomamos un taxi hasta Rafaela. Desde allí en ómnibus hasta Rosario.

En Rosario tengo mi departamento de soltero, y convivimos unos días, lo suficiente para darme cuenta que Josefina estaba agitada salvajemente.

Salíamos a caminar por calle Córdoba y ella se iba con algún muchacho que le gustaba. Yo regresaba a casa solo.

Ella aparecía mucho después de la medianoche, medio ebria, y a veces golpeada, para tomar un baño y echarse en la cama a escuchar música.

El último día que la vi, me dijo que había encontrado un albañil que le gustaba.”

4

Buscando construcciones

En Abril de 1984 había muy pocas construcciones en Rosario. Todas estaban en Fisherton, un sector de gente acaudalada. Y no eran más que tres.

José Mazzo era el más sospechoso. Tenía 26 años de edad, alquilaba una habitación de una anciana y decía haber nacido en Laguna Paiva.

Rudecindo y Ruperto, esta vez juntos, informaron a José que él era el sospechoso de por lo menos dos asesinatos: el de Josefina de San Martín Villegas, alias 'la correntina' y el de una niña residente en Fisherton, Jennnifer Parra Jiménez, de 16 años, hallada muerta con dos puñaladas, cerca del Balneario 'La Florida' de Rosario.

Ruperto abrió el interrogatorio, diciendo:

-Vea, José, las puñaladas fueron iguales para las dos jóvenes, y fueron realizadas por un cuchillo especial para construcciones, que se usa para aplicar linóleo,

y de hoja perecedera e intercambiable, como el que Ud. posee.

-Mi cuchillo es para trabajar, no para matar -dijo José-.

Ruperto continuó implacablemente:

-Sepa, José Mazzo, que, sospechando de Ud. y sabiendo que es nativo de Paiva, ya solicitamos sus antecedentes.

Ud. estuvo en la cárcel de menores de Rosario en dos oportunidades, una por robo con arma blanca a los 16 años de edad, y otra por haber golpeado a una joven residente de Paiva, durante un intento de violación, cuando Ud. tenía 18 años de edad.

Nos dice la Policía de Paiva que ya hay un caso de una adolescente asesinada con dos puñaladas, una en el pecho y otra en el vientre, que no se ha podido aclarar.

Me parece que se va a aclarar pronto, cuando Ud. confiese haber matado a las tres adolescentes.

-Yo no soy tan malo, Sargento -dijo José-.

-Su cuchillo no tiene manchas de sangre, porque sabemos que la hoja es intercambiable -dijo Ruperto-.

Hubo una larga pausa de silencio.

Rudecindo agregó:

-Estamos esperando un informe de la policía de Santa Fe. Usted. vivió en esa ciudad hace un par de años.

Si hay una adolescente asesinada con dos puñaladas en ese período, Ud. va a ser acusado de 4 asesinatos.

José miraba el suelo y callaba. Sus manos temblaban.

Dijo: "No hay mucho trabajo en mi oficio, en estos tiempos, pero yo he podido ganarme la vida trabajando de albañil. Es una vida dura. Soy un pobre trabajador y nada más."

Ruperto se acercó a José y le dio una tremenda bofetada con su pesada mano derecha. José, desprevenido, cayó de la silla.

-Habla José, o te doy otra –dijo Ruperto-.

José, desde el suelo, con la cara roja de dolor y rabia, escupió un diente.

-Me sacaste un diente, hijo de...

-Es que te voy a sacar todos los dientes a bofetadas
-dijo Ruperto-

Ruperto se acercó más a José con el brazo extendido por encima de su propio hombro, amenazando otra bofetada cruel.

José se alejó gateando y babeando sangre.

Ruperto y Rudecindo lo persiguieron de cerca.

José comenzó a hablar después de casi una hora de ese tipo de tratamiento y de haber perdido tres dientes.

Después de lavarse la boca, con las muñecas unidas por un par de esposas, hablaba mientras la sangre mojaba sus labios.

-Conocí a Josefina en Fisherton. Yo había salido de mi trabajo y esperaba el ómnibus en una esquina. Ella salió de uno de esos caserones lujosos, vestida como una prostituta, los pantaloncitos muy cortos, los zapatos rojos de tacones muy altos, y una camiseta de algodón que decía 'Nacida para Comprar'. Venía cepillándose el cabello. Me miró descaradamente y me dijo que yo no debía estar

solo. Se paró junto a mí y me asombró su olor exagerado a sudor, de alguien que no se baña. Eso me excitó un poco, en vez de darme asco.

Me miraba mientras se pintaba los labios de color rojo intenso. Sacaba la lengua de manera sugerente. Me preguntó si yo sabía todo lo que ella podía hacer con su lengua.

Como estaba oscureciendo, la llevé a la construcción cercana donde yo estaba trabajando y ahí hicimos el amor dos veces. Tenía un cuerpo muy bello.

Me dijo que en Rosario había tenido un amigo médico, quien le había dicho que ella era enferma bipolar, que quiere decir que siempre anda con ganas de hacer el coito.

Ella no tomaba los remedios que le había recetado ese amigo y me dijo que se sacaba las ganas con cualquiera y en cualquier momento.

Le dije que yo quería que fuera mi novia y que quería casarme con ella.

Se rió mucho de mí.

Me dijo que no me alcanzaba ni para mí, lo que yo ganaba, y que mucho menos podía casarme. También me dijo que no era muy bueno en la cama, aunque la cama para nosotros fue el suelo de la construcción.

Me preguntó si podía dormir conmigo y le dije que sí. Yo vivo en una habitación alquilada cerca de la cancha de Rosario Central, pero me habían pagado ese día y la llevé hasta la Florida en taxi.

Llegamos cerca de la playa y ya era de noche.

Esperé que no hubiera nadie a la vista, le dije que pasara a mi jardín (era un jardín oscuro) y allí mismo la maté con dos puñaladas.

Ni siquiera me manché con sangre. La dejé allí, oculta por las plantas y me fui a casa.

Al día siguiente le pedí su auto prestado al capataz y volví a la casa con jardín, ya de noche.

Josefina seguía allí mismo, la casa estaba vacía y las hierbas altas ocultaron el cuerpo. La llevé hasta las barrancas de Santa Sofía y la enterré allí, junto al Río Paraná, con una pala que había guardado en el baúl del automóvil.

5

La rutina rota

Rudecindo Gómez y Ruperto Martínez fueron condecorados por la rápida resolución del caso de la adolescente enterrada.

A pesar que José Mazzo no confesó más que un crimen, fue suficiente para ser condenado a prisión por treinta años.

Rudecindo y Ruperto fueron las figuras centrales en el desfile policial de Rosario, del 25 de mayo de 1984.

Rudecindo no pensó en dejar su trabajo ese día, luciendo su medalla dorada y parado en el palco central junto al gobernador de la provincia.

Ahora miraba a su esposa, redonda y roja como una manzana, parada entre los espectadores, bajo el sol del mediodía y sonriendo, a pesar que no podía quedar embarazada como ella lo deseaba.

Ruperto le guiñó un ojo a su novia, parada junto a la esposa de Rudecindo.

La vida estaba bien así.

Mañana de nuevo al trabajo policial en Santa Sofía, otra vez a la rutina de los largos días ociosos y de nuevo a los buñuelos de los días de lluvia.

El gobernador dio un discurso un poco largo, pero Ruperto y Rudecindo tenían una frase del gobernador para recordar siempre.

“Hoy nos toca honrar a dos héroes de todos los días.”

Las dos mujeres se abrazaron y lloraron juntas.

El 26 de mayo no fue un día cualquiera.

Llegaban las matronas de los buñuelos trayendo ramos de flores para los héroes y muchas empanadas con vino que se consumieron por una pequeña multitud de agradecidos.

Al final del día, ya dispuestos a dejar la oficina policial que funcionaba en un viejo trailer, llegó una dama muy delgada, de cabello canoso, trayendo como regalo un kilo de yerba Mate Taragüí.

-Soy **Marisa Leone** -dijo la flaca mujer-

Tengo 32 años y solía trabajar en el negocio de Don Pepe Benalmádena.

Yo soy la muchacha que encontraron desnuda y atada en su cama después que falleció Don Pepe.

Don Pepe me había dado muchos cintarazos como castigo ese día, antes de su ataque cardíaco, el que lo mató, digamos.

Anoche 25 de mayo, me aprestaba a acostarme para dormir cerca de la medianoche, cuando se me apareció Don Pepe, con su cinturón en la mano derecha y sosteniéndose los pantalones con la mano izquierda.

Me dijo que todavía no había terminado de castigarme.

Luego desapareció, pero ya no pude dormir, y tuve que prender las luces de toda la casa, para ayudar a que se me pasara el pánico.

Ruperto, fascinado, le pidió a Marisa que se sentara y le ordenó a Rudecindo que preparara unos mates con la yerba que la mujer había traído.

La mujer se sentó en silencio y permaneció callada hasta que llegó el primer mate amargo. Tomó su primer sorbo y se puso a llorar cubriéndose la cara, y luego de devolver el mate, también se cubrió la boca con la otra mano.

Rudecindo y Ruperto se miraron en silencio. Ahora podían olvidar que sus mujeres los estaban esperando.

Tomaron turnos para usar el cuerpo de Marisa Leone en el suelo de la oficina de Rudecindo. Ruperto tomó la iniciativa, Rudecindo esperó en la oficina de Ruperto.

Ella dijo que se sentía mejor, cuidada por los dos policías del pueblo.

6

Rudecindo

Rudecindo llegó tarde a casa. Su gorda lo esperaba despierta y con la cena lista.

Se sentaron en silencio a la mesa y él cenó en silencio, pero con cierta voracidad.

Ella lo miraba, esperando alguna palabra, pero no se atrevía a decir nada y que él se enojara.

Se acostaron tan pronto él terminó la cena. Sabían que eso no estaba bien, pero ella estaba cansada de esperarlo y él estaba cansado de la vida que hacía.

Ambos fingieron dormir, nada más que por no hablar.

Pero pronto Rudecindo dijo: *“¿Qué sabés de la Marisa Leone?”*

Tomada por sorpresa, Gloria, la esposa de Rudecindo, titubeó antes de contestar:

-Vive sola, no trabaja, dicen que sigue haciendo lo que hacía con Don Pepe, vender su cuerpo para el sexo.

-Dice que ve a Don Pepe –dijo Rudecindo-.

-¡Pero Don Pepe está muerto!

-Pero dice que lo ve y que él quiere castigarla.

-Una vez le contó a mi hermana que Don Pepe a las doce de la noche cerraba el burdel, pero a partir de esa hora cenaban y Don Pepe repartía premios y castigos, sobre todo castigos. Los castigos eran por no obedecerle al pie de la letra o por quedarse con algo de dinero. A veces era clemente con la castigada y se la llevaba a la cama.

Pero muchas veces se entusiasmaba cintareando a alguna, hasta hacerla desmayar. También nalgueaba con la mano y latigueaba con una fusta de cuero. Cuando las chicas llegaban a los 21 años, tenían que irse del burdel.

Algunas preferían quedarse, pero tenían que darle un 75 % a Don Pepe. Las adolescentes tenían que darle a Don Pepe el 50% de lo que ganaban con cada cliente.

A la Marisa la encontró la policía desnuda y atada a la cama, el día que falleció Don Pepe. Dicen que

nadie lo lloró tanto como ella. Hay mujeres que les gusta que le peguen.

Rudecindo ya no podía dormir. La conversación lo excitaba. La historia del fantasma, tan real, lo aterraba.

-¿Querés, que te nalquee, Che Gloria?

-Ya es hora de dormir, degenerado -rió Gloria- Y le dio la espalda a su marido.

Rudecindo ahora tenía algo más en qué pensar, para su insomnio: *“¿seré un degenerado?...”*

Cantaban los grillos en la noche clara de ese mayo de cielo limpio en Santa Sofía.

La luna era puro esplendor sobre las casas humildes y sobre el río enorme que brillaba en su tremendo camino al sur.

El río arrastraba camalotes desde los bosques del norte. Algunos camalotes traían serpientes, y a veces, hasta monos.

Voló una lechuza y varios perros ladraron para recordarle su presencia.

La lechuza había merodeado por unos doscientos millones de años. Los perros habían aparecido sólo veinte millones de años atrás.

Pero los únicos que mostraban una conducta absurda e impredecible eran los recién llegados: los seres humanos.

7

Ruperto

Ruperto cenó muy tarde con toda la familia de su novia Susana.

Ella se quedó dormida sobre su pecho, en el sofá familiar, pero los padres, ambos jubilados, querían continuar hablando de Marisa Leone.

Doña Isabel, la madre de Susana, afirmó que conoció a Marisa en el casamiento de una prima.

-Me dijo que ella era la favorita de Don Pepe –dijo Doña Isabel-.

Don Pepe usaba una o dos muchachas en la misma noche.

Al terminar su servicio, la muchacha debía ir a su propia cama, que estaba en alguna de las tres grandes habitaciones en las que dormían entre tres a cinco chicas, en cada una.

Todos dormían hasta el mediodía, hora en que Don Pepe se levantaba lentamente, se daba una ducha caliente y luego de vestirse y perfumarse mucho, leía

el diario La Capital mientras desayunaba con las chicas.

Ellas se turnaban para cocinar el desayuno muy abundante, de bisté a la plancha, huevos fritos, tocino, jamón, queso y pan casero.

Se servían grandes jarras de jugo de naranjas naturales y de vino salteño, que compraban en damajuanas al por mayor.

Las chicas eran todas de origen humilde y jamás habían comido tan bien en el transcurso de sus cortas vidas.

Después del desayuno había que hacerle la manicura a Don Pepe, cortarle el cabello si era necesario y entalcarle los pies y también ponerle sus medias y sus zapatos.

Don Pepe salía para realizar sus depósitos bancarios del día, meter alguna carta para España, tomar un café expreso con sus amigotes, o una ginebra y luego se iba a la plaza a conversar con los jubilados, que pagaban menos en el prostíbulo, pero que recibían un servicio muy reducido, puramente manual.

Don Pepe regresaba a casa antes de las cuatro de la tarde, hora en que se abría el burdel, después de que las muchachas tomaban su mate cocido con facturas dulces.

El mate y las facturas estaban permanentemente servidos para trabajadoras y clientes en una larga mesa con mantel de hilo blanco y encajes.

Ninguna de las chicas era delgada. El patrón de belleza de los tiempos aquellos requería muslos gruesos y firmes e igualmente firmes brazos y senos. Esto cesaba a medianoche y todo se reiniciaba como una rutina de la que nadie se quejaba. Una queja se pagaba con recibir el castigo de las nalgadas, la fusta o las cadenas.

O bien se les ordenaba mirar un rincón de la habitación, por largo tiempo, mostrando las nalgas rojas por el rigor.

Todos miraban a Doña Isabel en silencio, con la excepción de su hija Susana.

Era un silencio insomne e interesado.

Las historias de Don Pepe eran todas prohibidas en Santa Sofía, pero todos las habían escuchado varias veces, con adornos y transformaciones que dependían del que las contaba.

Si el que contaba era un varón, había mucho énfasis en las prácticas sexuales y sus precios.

Si contaba una dama, el énfasis era sobre los castigos y las humillaciones que sufrían las prostitutas de Don Pepe.

Ruperto lamentaba tener que irse, ahora que se había abierto la increíble capacidad narrativa de su futura suegra.

Despertó suavemente a Susana, ella se disculpó por haberse quedado dormida y Ruperto se dirigió a la puerta seguido por los tres familiares.

8

Marisa

Marisa llegó a su casa, demasiado grande para su soledad y su miedo.

No podía conciliar el sueño y optó por escuchar los mensajes telefónicos recibidos.

-Marisa, habla Juan Carlos, mañana por la noche se va mi esposa a Buenos Aires, para comprar mercadería para su Boutique. Te espero a partir de las siete.

-Marisa, habla Rodrigo, espero me llames en cuanto puedas. Te necesito mucho. No tengo dinero pero quiero visitarte a cuenta. Te voy a pagar en cuanto cobre la quincena.

-Aquí Norberto. Me visita un primo de Córdoba. Queremos ir los dos a tu casa. Llamame. Espero que podamos pagar uno y medio y no el doble.

Marisa no podía concentrarse en los mensajes de sus clientes.

Pensaba en Don Pepe, ¿acaso era tan aburrido el más allá, como para que Don Pepe tuviera que perseguirla en el más acá?

Sentía la necesidad de hablar con el sacerdote, pero le avergonzaba consultarlo, ya que hacía mucho tiempo que no iba a misa, que no se confesaba y que no comulgaba.

En algún año nuevo del pasado, le había prometido al sacerdote dejar la profesión de prostituta, cosa que no pudo hacer, motivada por el gran número de llamadas y su adicción más grande por el dinero que por la paz.

De pronto, apareció Don Pepe. Traía la fusta de cuero en la mano.

Sin ninguna palabra ella se dirigió al dormitorio, expuso sus nalgas y se acostó boca abajo en su cama.

Don Pepe comenzó a castigarla con la fusta sobre las nalgas, tal cual lo hacía en los viejos tiempos.

Pero ella no sentía dolor alguno.

Era hermoso tener allí a Don Pepe, sin que pudiera causarle daño.

Prefería estar con Don Pepe, antes que contestar las tres llamadas.

Don Pepe fue desapareciendo, como una imagen que se va perdiendo pedazo tras pedazo.

Otra vez Marisa se hallaba sola.

Se sentó en la cama y comenzó a implorar:

“Don Pepe, Don Pepe, no me dejes sola, no puedo soportar la soledad”.

Pronto comenzó a llorar desconsoladamente, mientras repetía, desolada:

“Don Pepe, Don Pepe”.

Sólo se escuchaban los grillos fuera de la casa.

9

José Mazzo

José fue condenado a treinta años de prisión y conducido a la Cárcel de Coronda.

Compartía su celda con tres señores casi ancianos.

Había dos literas y José debía dormir en el suelo con el más joven de los tres, **Don Antonio**.

-Si hubieras confesado los otros tres asesinatos te hubieran dado cadena perpetua, como a mí, -dijo Luis Catena-.

-No hubo otros asesinatos. Yo maté solamente a Josefina –aclaró José-.

Don Antonio, riendo, agregó: *“Y yo soy el Rey Melchor y traigo oro, incienso y mirra.”*

Los tres presos rieron mientras tosían, endurecidos sus rostros y sus corazones por años de adversidad, pobreza, abuso mutuo y la tristeza más profunda, esa tristeza que carece de nombre.

-Yo maté a mi mujer, ya no me acuerdo ni porqué, y aquí estoy hasta la muerte, -dijo Luis-. Y continuó:

“Hay que confesar, se siente uno mejor después.”

-No voy a confesar por algo que no hice –dijo José-.

*-Lo hiciste guachito -aseveró **Mariano Renzi** seriamente.-*

José no sentía interés por nada, desde su llegada a la cárcel unos meses atrás.

Había desarrollado un gran interés por las horas del reloj y las partes del día, quizá porque los presos tenían prohibido los relojes y hablar del tiempo.

Para pasar el tiempo ya había revisado su vida varias veces, pero no había mucho que fuera digno de recordar.

Le resultaba muy misterioso, que los otros asesinatos hubieran ocurrido de manera tan similar, en cuanto al número y tipo de las puñaladas.

No podía culpar a los que creían que él era el responsable de los cuatro asesinatos.

Pero eso le molestaba mucho y era un motivo de preocupación.

-Vas a salir antes de los sesenta años de edad -dijo Luis-.

-Pero se va a perder la fiesta del sábado, -agregó Antonio-.

Mariano dijo: *“Se va a perder la vida entera”*.

José comenzó a recitar:

*“Per me si va nella città dolente
per me si va ne l’eterno dolore
per me si va tra la perduta gente.
Giustizia mosse il mio alto fattore;
Fecemi la divina potestate
La somma sapienza e ’l primo amore.
Dinanzi a me non fuor cose create
Se non etterne, e io etterna duro.
Lasciate ogni speranza, voi ch’entrate”*.

-Esa es una poesía italiana -aventuró Luis-, confiado en que estaba entre descendientes argentinos de italianos.

José dijo: *“Esas son las palabras que están escritas en la puerta del infierno, según esta poesía italiana que me enseñó mi abuelo.*

Mariano, cuando dijiste que voy a perder aquí mi vida, recordé el infierno, y luego, esta poesía del infierno.”

-¿Y sabés lo que significa? -preguntó Mariano-

-Sí, yo hablaba italiano con mi abuelo. El era albañil y me enseñó su oficio paso a paso. Si supiera que estoy aquí volvería a morirse.

-Soltá lo que dice el verso, pibe.

-La poesía dice que: “Por esta puerta (del infierno) se va a la ciudad del dolor.

Por mí se va al eterno dolor. Por mí pasa la gente perdida.

A mi Alto Hacedor lo movió la justicia. Me creó el Poder de Dios, la mayor Sabiduría y el Primer Amor.

Antes que Yo, no existían las cosas creadas, a no ser las eternas, como Yo.

Dejad toda esperanza, vosotros que entráis”.

Hubo un largo silencio en la celda fría de un invierno duro.

Cuatro hombres con escasa educación habían sido tocados por el antiguo Dante Alighieri y por su Obra: 'La Divina Comedia'.

Los cuatro habían vivido vidas infernales y los cuatro habían sucumbido a ese vientre del anticristo, el más terrible infierno, producto no de Dios, sino del pensamiento y la imaginación del ser humano, que son las prisiones.

En silencio meditaban sobre una vida infernal que finaliza en la muerte.

Mariano, en voz baja, como para no ser escuchado por Dios, dijo:

“Hay algo muy bueno para vos, José, a causa de todo esto: no vas a tener hijos y ellos se van a salvar del infierno.”

10

Luis, Antonio y Mariano

Nadie le pidió que hablara, pero Luis comenzó a contar su historia.

-Yo era maquinista del ferrocarril. Pasaba mucho tiempo fuera de mi casa.

Tenía tres hijas, de 13, 10 y 8 años de edad.

Hace veinte años exactamente, mi mujer comenzó a tener relaciones con un vecino. Mis hijas le cubrían las espaldas.

Un amigo me dijo dónde y cuándo se iban a encontrar: En mi propia casa, por la tarde, cuando las tres hijas estuvieran en la escuela.

Me compré una pistola Smith, la más grande y los sorprendí acostados sobre mi propia cama.

Tenía ocho balas. A él le tocaron una en la cabeza y dos en el corazón. A ella le tocaron una en la cabeza y cuatro en el corazón.

Cuando cargaba el arma nuevamente, llegó mi hija mayor. Me insultó y se me tiró encima gritándome. Le tiré un balazo en el pecho, pero se salvó.

Yo me disparé un balazo en la sien derecha, pero con mi destino, solamente quedé ciego, porque la

bala cortó el nervio óptico y epiléptico, por las lesiones de la corteza cerebral.

Ahora también tengo artritis, insomnio, alta presión y gastritis.

A mí que no me hablen del infierno, ya lo conozco perfectamente.

Largo silencio.

Animado por el horror de la historia de Luis, Don Antonio comenzó con la suya:

-Mi hermano mayor me enseñó a robar cajas fuertes. El había aprendido ese arte en la Cárcel de Ushuaia. Hicimos como treinta o más robos sin ser capturados. Todo el dinero estaba en unas valijas, en bolsas de plástico, sobre el ropero de mis padres. Era mucho dinero.

Un día desaparece mi hermano mayor, junto con las tres valijas con el dinero.

Me lo encontré cinco años después, en Buenos Aires, en un bar de putas.

Le dije, llevándolo aparte, que no sabía cuánto dinero había en total, pero que seguro había más de treinta millones. Le advertí que si quería conservar la vida, me tenía que dar 10 millones, cinco le pagaba por sus lecciones.

Le pedí lo que era justo y fui muy moderado al pedir.

Me dijo que yo ahora podía seguir solo, con lo que él me había enseñado sobre cajas fuertes.

Salí del bar y compré balas y pistola en la misma calle, en otro bar del Barrio de San Telmo.

Regresé al bar de las putas. El estaba conquistando a una de ellas.

Le metí seis balas en el pecho y me fui. Al día siguiente ya estaba preso.

Y aquí estoy, hace treinta años. Tengo 72 años. Salgo en 10 años, si es que vivo 82 años. Cuando salga no voy a saber cuál es el norte y cuál es el sur.

Los tres presidiarios miraron a Mariano Renzi. Con voz muy baja, y mirando el suelo, comenzó su narrativa.

-Entré preso hace casi dos años, y me dieron veinte. Voy a salir a los 55, si tengo suerte y vida.

Nací en una familia relativamente rica. Estudiaba odontología. Me convencieron los Montoneros a que luchara con ellos en la Guerra de Guerrillas contra el Ejército Argentino.

Me daban un sueldo, y terminé asignado a una máquina casi perfecta para falsificar dólares.

Desde los 19 a los 24 años anduve en eso.

La gendarmería nacional hizo una redada en la casa donde estaba la máquina impresora y agarraron a

todos, excepto a mí y otro amigo, ya que nos escapamos por los techos.

Estuve escondido en Río de Janeiro durante once años.

Un día un policía me pide mis documentos y yo salí corriendo, como un gran estúpido. Me repatriaron y aquí estoy.

La historia es corta, pero no por eso menos terrible.

Los cuatro se acostaron en silencio, vestidos con sus uniformes penales, tratando de multiplicar las delgadas cobijas de algodón.

Todos cerraron los ojos, cada uno de ellos sumido en su particular fantasía.

Pero el horror vivido es más fuerte que cualquier fantasía para evitarlo. Entonces sólo quedan las lágrimas, si es que no se han secado de tanto llorar.

Y si caen las lágrimas, como un favor de Dios, para aliviarse por unos minutos, hay que esconderlas en silencio, respirando muy superficialmente, porque uno es bien macho.

11

Marisa y el Dr. Votaro

Después de varios intentos fallidos, Marisa pudo hacer contacto telefónico con el Dr. Votaro.

-Debo hablar con Ud. muy urgentemente, Dr. Votaro. Sé algo sobre los tres asesinatos por arma blanca, de las adolescentes de Fisherton, Paiva y Santa Fe.

-Ud. debe seguir el procedimiento adecuado y realizar la denuncia ante las autoridades policiales.

-Nunca haré eso. Debo hablar con Ud.

El Dr. Votaro le dio cita un sábado por la mañana, en el Hospital Centenario, y arregló todo para que allí estuviera el Jefe de Policía, con varios efectivos apostados secretamente, en salas cercanas a la de autopsias.

En la pequeña oficina, ubicada antes de la sala de autopsias, esperaron a Marisa.

Ella llegó puntualmente, vestida con elegancia con un vestido negro, con un sombrero verde que hubiera podido ser considerado excesivo para la ocasión.

-Los policías de Santa Sofía ya escucharon esta denuncia, pero no la tomaron en serio. Alegan que estoy enferma de la mente y que debo ver a un psiquiatra.

Una larga pausa de silencio fue seguida por el Dr. Votaro y por un enviado del Jefe de Policía, **Carlos Aquino**, quien tuvo que disculpar a su jefe.

-La escuchamos. La escuchamos.

Marisa respiró profundamente antes de comenzar.

-Don Pepe ha matado a las muchachas, a todas ellas, tomando posesión del cuerpo de los asesinos. Pero el culpable es solamente Don Pepe, quien murió hace mucho tiempo, pero que regresa como fantasma desde entonces.

El Dr. Votaro internó en el Psiquiátrico de la Facultad de Medicina a la temblorosa Marisa, aliviada por no tener que regresar a su casa y a Don Pepe, que vivía allí, cada vez que lograba aparecer.

12

Penúltimo capítulo

-Carlos -dijo el Dr. Votaro-.

Marisa es un ejemplo del gran colapso educativo de nuestro país. Estamos regresando a la Edad Media, y reaparecen las brujas, los brujos, los niños magos y como podemos ver, hasta los mismos fantasmas.

-Pero Doctor -dijo Carlos-.

Ud. sabe de Medicina, pero hay muchas mansiones y misterios en el Universo que ha creado Dios. Yo no creo en fantasmas, pero quizá existan.

-Usted, amigo Aquino, me decepciona. Lo creía un hombre inteligente.

-Dr. Votaro, Usted debe saber que han habido recientemente muchos asesinatos de muchachas adolescentes, en la ciudad de Seattle, Estados Unidos.

Han encontrado al asesino. Su nombre es Bill Scribner. Está preso actualmente en la Penitenciaría Estatal de Washington, en Walla Walla.

Será considerado para la libertad bajo fianza el día 14 de junio del año 2047.

Para entonces ya tendrá (si vive) más de 90 años de edad. Se espera que a esa edad ya no continúe siendo un asesino de adolescentes violadas.

Pero dos años después del arresto de Bill Scribner, comenzaron una serie de asesinatos de adolescentes, previamente violadas, asesinatos mucho más numerosos que los de Bill Scribner, conocidos como 'los asesinatos de Green River'.

Arrestaron al sospechoso, Gary Ridgway, y cesaron los asesinatos.

Tanto Scribner como Ridgway operaban en la misma zona, en la Ruta del Pacífico, al Sur de Seattle.

Ambos llevaban a las jóvenes al mismo lugar aislado, y ambos las mataban de la misma manera, aunque no se conocieron nunca mutuamente.

La diferencia entre ambos fue que Scribner fue arrestado antes que pudiera matar a tantas muchachas como mató Ridgway.

La gente de la zona afirma que tanto Scribner como Ridgway, estaban poseídos por el fantasma de Peter Hauser, quien había matado a 17 muchachas de Seattle en 1969. Hauser se suicidó en prisión, poco después de ser hallado culpable.

El Dr. Votaro escuchó atentamente a Carlos Aquino.

-Lo que Ud. dice, entonces, es que Ridgway y Scribner no son los culpables de sus asesinatos, ya que fueron poseídos por el fantasma de Hauser...

-Son culpables ante la ley de los hombres, pero no lo son ante Dios. El culpable, para Dios, sigue siendo Hauser...

-Entonces -dijo el doctor Votaro-, 'José Mazzo no es el culpable, sino Don Pepe Benalmádena, cuyo fantasma lo poseyó'.

-Para mí está claro doctor, Don Pepe es culpable de todas las muertes recientes, porque ocupó el cuerpo de José Mazzo y el de los otros asesinos, si es que José Mazzo no mató a las cuatro muchachas.

13

Capítulo final

Para la Navidad de 1984, Ruperto y Rudecindo habían recibido varios aumentos de sueldo.

Ruperto pudo casarse y Gloria, la de Rudecindo, pudo ponerse bajo tratamiento ginecológico para embarazarse.

Los cuatro se habían puesto increíblemente obesos, incapaces de enfrentar la prosperidad con equilibrio y sensatez.

La noticia del fantasma de Don Pepe cundió en Santa Sofía como un incendio.

Carlos Aquino fue invitado por la comuna para hablar sobre su teoría sobre los asesinatos seriados de Seattle, y cómo Gary Ridgway y Bill Scribner actuaron poseídos por el fantasma de Peter Hauser.

Marisa Leone pasó a ser objeto de estudio en el psiquiátrico de la Escuela de Medicina y no fue dada de alta.

El director del psiquiátrico afirmaba que donde comen doscientos enfermos mentales pueden comer doscientos uno, eliminando los postres de las cenas.

Carlos Aquino se volvió especialista en el tema de la posesión y el exorcismo.

Pronto comenzó a dar conferencias con el sacerdote católico Vladimir Anchorena. Carlos introducía la primera media hora discurrendo sobre Egipto y los fantasmas, mientras que el Padre Vladimir usaba la segunda media hora para explicar lo que es el exorcismo.

A veces, cuando hablaban en poblaciones apartadas y pequeñas, llevaban consigo a Marisa Leone, quien contaba numerosas anécdotas de Don Pepe.

Para el desasosiego del Dr. Votaro, todo esto adquirió ímpetu y popularidad, con la llegada de películas de Hollywood sobre brujería de adolescentes.

Pero el colmo fue el asesinato de dos adolescentes esquizofrénicas en el mes de noviembre del 1985, en el hospital psiquiátrico de la Escuela de Medicina. En estos casos forenses, los primeros sospechosos fueron Marisa Leone y Pepe Benalmádena.

Fin del cuento...